**El circuito de la fe en Jesucristo**

**Resumen**

La misión de la Iglesia consiste en que todos los seres humanos lleguen a creer en Jesucristo. La Iglesia cumple esta misión creyendo ella misma en Él. Esto supone para la Iglesia concebirse a sí misma como realmente humana y “mundana”. Pero, además, teniendo en cuenta que quien hace posible que ella cumpla su misión es el mismo Jesucristo.

Jesús, el hombre que creyó en Dios, es para el Iglesia el modelo del creyente. Cristo muerto y resucitado, por otra parte, capacita a la Iglesia con su Espíritu para creer en Dios como lo hizo el hombre Jesús, quien, como creyente, hizo suyas las razones de su pueblo, especialmente de los pobres, para confiar y para no confiar en Dios. En la medida que “en” la Iglesia se vive esto, ella puede llegar con el Evangelio a los confines geográficos y humanos de la tierra.

La Iglesia, en definitiva, debe representar la fidelidad de Dios con la humanidad. Lo cual, en un aspecto, significa que ella ha de “creer” en el ser humano, especialmente en los que nadie cree, los pobres y los pecadores, como Dios mismo “cree” en ellos.

*Él es el cumplimiento de las Escrituras y su intérprete definitivo. Jesucristo no es solamente el objeto de la fe, sino, como dice la* carta a los Hebreos*, «el que inició y completa nuestra fe» (12,2)* (Benedicto XVI, con ocasión de la inauguración del “Año de la fe”, jueves 11 de octubre de 2012.

Mi intención en esta ponencia es explicar cómo todos los seres humanos podrían llegar a creer en Jesucristo a través de la Iglesia. Esta, por cierto, constituye la misión de ella. Lo que quiero subrayar es que esta misión no es extrínseca a la Iglesia misma, sino que la Iglesia, solo engastada en la humanidad y en el mundo, y en cuanto creyente ella misma en Dios trino, puede llegar con su anuncio hasta los confines geográficos y humanos de la tierra. Si la Iglesia no intenta llegar tan lejos, fracasa como Iglesia y fracasa en su misión. El riesgo de quedarse a medio camino es siempre posible. La crisis actual de credibilidad de la Iglesia es prueba de esta lamentable posibilidad[[1]](#footnote-1).

¿Podría el mundo creer en Cristo sin el testimonio creyente de la Iglesia? Jesucristo es el mediador único y universal de la salvación[[2]](#footnote-2). El Concilio deja abierta la posibilidad de que la humanidad alcance la salvación a través de Jesucristo por caminos conocidos por Dios (*Gaudium et Spes,* 22), los cuales la teología tendría que explicitar. Tendrá que explicarse, en este caso, cómo esta salvación también pasa, de algún modo, a través de la Iglesia. Cabe pensar en el “bautismo de deseo”. No entraremos ahora en este tema. Pero sí indicaremos que el alcance antropológico universal de la salvación es decisivo para entender que la Iglesia solo cumple su misión en la medida en que ella sea profundamente humana. Es un principio teológico básico de la teología de nuestro tiempo el que el ser humano no se entiende más que a partir de Dios y que, en consecuencia, ha de haber algún tipo de “fe” en Cristo resucitado –y no solo una *potentia obedientialis*- que la Iglesia ha de encontrar en su misión como para evangelizarla y para ser “evangelizada” por ella.

Por de pronto, *sub contrario*, subrayamos el peligro que tiene concebir una Iglesia confrontada con la humanidad y el mundo, como poseedora del privilegio de una verdad que ha de prevalecer solo gracias a ella[[3]](#footnote-3). En este caso la Iglesia cumplirá su misión ruidosamente. Con el ruido de hacer pasar por trascendente un modo particular de estar en el mundo. En tanto el nombre hodierno de la salvación es la humanización y la liberación –según el paradigma del Verbo encarnado-, solo una Iglesia hondamente humana y liberadora merece crédito y anuncia al mundo que hay un Dios que salva integralmente a quienes creen que Él los ama.

**1.- Creemos “en” la Iglesia**

Los cristianos creemos “en” la Iglesia. Esta es una confesión que encuentra un lugar importante en el Credo. Los implicados en este “en” pueden ser muchos. Los eclesiólogos tendrían que decirnos varias cosas al respecto. Aquí solo destacamos un aspecto. Creer “en” la Iglesia es un acontecimiento antropológico extraordinario, pues consiste en una confianza que -en virtud de Dios, reconocemos los cristianos-, llegamos a experimentar unos seres humanos con otros y en otros. Los primeros cristianos experimentaron “en” la Iglesia al resucitado. La resurrección, desde un comienzo, se tradujo entre ellos en reuniones en las que celebraron al Señor, ese Jesús en quien pudieron confiar porque los amó sin medida y creó entre ellos vínculos de hermandad (distintos a los vínculos de jerarquía y de mando). La resurrección fue la contracara de la misma Iglesia. La efusión del Espíritu en Pentecostés -la manifestación colectiva más importante del Cristo resucitado-, coincide exactamente con la constitución de la Iglesia (cf. Hechos 2, 1-13). Esta comenzó como una comunidad en la cual los límites de lenguaje que impedían la comunicación entre los seres humanos fueron superados. ¿Ha habido una representación de una comunidad humana más incluyente e integradora que la de la Iglesia aquel día? Lo que hay que retener en este símbolo, es el alcance que ha de tener la Iglesia para cumplir su misión. El relato bíblico señala que ninguna persona que creyó en Pentecostés tuvo que renunciar a su idioma para pertenecer a este nuevo pueblo. Cada cual continuó hablando su lengua y todos pudieron entenderse.

Desde un punto de vista filosófico hemos de ver en el surgimiento de la Iglesia –pero también en otras ocasiones de su historia-, un acontecimiento y no un simple hecho. Los hechos, para Claude Romano, tienen testigos que pueden explicarlos en sus causas[[4]](#footnote-4). Son previsibles. Los acontecimientos también tienen causas, también son previsibles, también son hechos, pero mucho más que hechos. Ellos no ocurren de un modo perceptiblemente universal. Ocurren con tal contundencia que sorprenden a sus actores al grado de transformarlos. Van más allá de lo posible. Alcanzan a quienes los experimentan en la raíz de su existencia, de modo que en adelante no serán más los mismos. Por ejemplo, de una muerte se puede ser testigo. Es un hecho que puede afectarnos. Pero puede también ser un acontecimiento de tanta importancia como para cambiar la vida de alguien por completo. A propósito de lo que aquí nos importa, hemos de ver en la Iglesia misma un acontecimiento histórico extraordinario que, sin embargo, no salta por encima de lo humanamente posible, sino que comparte causas con otros fenómenos humanos similares y, como estos algunas veces, excede los límites de los simples hechos. La Iglesia en Pentecostés -para tomar el caso emblemático- ha podido transformar de tal manera a sus actores que estos pudieron mirar su pasado con otros ojos y esperar el futuro como una novedad total. En cuanto “hecho” la Iglesia puede llamar la atención de testigos diversos (cristianos o no). En cuanto acontecimiento, en cambio, remece los cimientos de la vida de los cristianos de modo que ellos pueden atraer a otros a participar en él. Bien podemos decir que el acontecimiento de la Iglesia se llama Evangelio. El Evangelio que la Iglesia vive como la Buena noticia del Cristo que la estremece y convierte, es lo que la Iglesia tiene que anunciar a los demás. Los demás podrán mirar a la Iglesia como un hecho explicable en sus causas. O podrán involucrarse con ella en tanto ella también sea para ellos una Buena noticia. El acontecimiento que es la Iglesia, porque es acontecimiento humano como otros acontecimientos, puede hacer a la Iglesia inteligible y accesible sin perjuicio de nadie[[5]](#footnote-5).

Todo esto viene sustentado por la “ley de Calcedonia”. Lo que vale para el Verbo encarnado, vale para una Iglesia que ha de encarnarse. Lo que se diga de las herejías cristológicas tiene suma importancia para evitar un tipo de fe “en” la Iglesia que pudiera descarrilarla de su misión. De acuerdo a Calcedonia el Verbo encarnado se ha unido en cierto modo con todos los seres humanos (*Gaudium et Spes* 22). Pero, además, la salvación ha de entenderse como un crecimiento en humanidad y no en una renuncia a esta. La Encarnación del Hijo de Dios no hace de Cristo menos humano, sino más humano. La donación del Espíritu que prolonga en la historia la acción de Cristo, no nos hace menos humanos, sino más humanos. El verdadero nombre de la salvación cristiana es siempre secular, no obstante admita denominaciones religiosas. ¿Cómo la Iglesia puede dar a la salvación secular de la que ella es portadora, una denominación religiosa que aluda a su índole trascendente originaria, pero sin traicionar la posibilidad de otras denominaciones? Este es un asunto de extrema actualidad. La cultura predominante, también en América Latina, es secular[[6]](#footnote-6). En cuanto a lo que aquí nos interesa, el desafío mayor es el contrario. A saber, que su lenguaje religioso no sea obstáculo, por su limitación terminológica o simbólica, para llegar a los confines de la humanidad. La “ley de Calcedonia” indica que solo se puede creer “en” una Iglesia profundamente humana. Dicho aún en otros términos y para subrayar la diferencia, solo se puede creer “en” una Iglesia profundamente “mundana” (no en términos de pecaminosidad, sino de creaturidad).

Por el contrario, una Iglesia que, en nombre de Jesucristo, desde una superioridad de principio sobre el resto de la humanidad o de la excelencia de su misión se pare ante el mundo como separada y mejor que él, se incapacita a sí misma como lugar “en” el cual puede creerse en Dios verdaderamente pues, de ese modo y en la misma medida, está renunciando a la humanidad de la que la dotó el Creador. A una tal Iglesia habría que recordarle que el Hijo ha venido al mundo para salvar el mundo (cf. Jn 3, 16-17; 1 Tim 2, 4-6), y no a ella; o, dicho benevolentemente, para salvar a Iglesia en cuanto mundo. La Iglesia de Jesucristo no es sino el mundo que cree; el mundo en cuanto espacio de confianza para todos los seres humanos independientemente de sus variadas pertenencias. Esta fe antropológica “en” la Iglesia es el quicio de la fe que ella articula religiosamente y que, como con todo lenguaje religioso, hay que tomar en sentido metafórico y provisional si no se quiere traicionar el dato dogmático de Calcedonia.

**2.- La Iglesia cree en Jesucristo**

Todo lo anterior es válido siempre y cuando se tenga muy presente que la credibilidad de la Iglesia no depende en última instancia de ella misma, sino de Dios. Y, más precisamente, de Jesucristo, “el autor y el consumador de la fe” (Hb 2, 12). Si para la Iglesia el hombre Jesús es el modelo de creyente, Cristo muerto y resucitado es el hombre fiel que, a través del Espíritu, hace posible que la Iglesia crea en Dios de un modo tan eficaz como gratuito. Jesucristo, en ambos sentidos, sostiene la fe “en” la Iglesia.

Veamos entonces cómo la fe “en” la Iglesia entrelaza gracia y mérito; y cómo estos dos aspectos tienen un significado teológico en la medida en que arraigan antropológicamente.

**a.- La Iglesia cree en un creyente**

Uno de los descubrimientos –por llamarlo así- más importantes de la cristología del siglo XX, es que Jesús ha sido un creyente[[7]](#footnote-7). En cuanto a lo que a nosotros nos importa en este artículo, podemos decir que la Iglesia cree en el creyente Jesús[[8]](#footnote-8). Esto no fue posible en la teología hasta no haber sorteado la dificultad teológica de la llamada “visión beatífica” del Jesús terreno, de acuerdo a la cual él habría tenido un conocimiento de Dios propio de los bienaventurados en la gloria, visión que en su caso habría excluido la ignorancia propia de la fe[[9]](#footnote-9). Hoy prácticamente todos los cristólogos no solo reconocen a Jesús su fe en Dios sino que hacen de él el creyente por antonomasia. Aun alguno podría usar el término “visión beatífica”, pero será muy difícil que excluya en Jesús la característica teológica y religiosa más importante que hubo podido tener un israelita para observar la Alianza. Si Jesús es el único hombre de su pueblo que cumple con la Alianza, no ha podido hacerlo sin fe. Si en la Nueva Alianza, más que en la anterior, la fe es un don que Cristo asegura a los suyos, él no ha sido solo su autor sino también su modelo.

Hans Urs von Balthasar en una obra titulada *La Foi du Christ* afirma:

“Jesús es un hombre auténtico; la nobleza inalienable del hombre es poder, aun deber proyectar libremente el designio de su existencia en un futuro que ignora. Si este hombre es un creyente, el porvenir al que él se arroja y en el que se proyecta, es Dios en su libertad e inmensidad. Privar a Jesús de esta posibilidad y hacerle avanzar hacia un objetivo conocido por adelantado y distante solamente en el tiempo, equivaldría a despojarlo de su dignidad de hombre. Es preciso que la palabra de Marcos sea auténtica: ‘Nadie conoce esta hora (...) tampoco el Hijo’ (Mc 13, 32). Si Jesús es un hombre auténtico, es necesario que su obra se cumpla en la finitud de una vida de hombre, aun si el contenido de esta obra y sus efectos posteriores desbordan ampliamente los límites impuestos a esta finitud. Un hombre no puede decir: me quitaré de encima esta parte de mi misión antes de morir, y, puesto que sé que debo resucitar, puedo dejar el resto en suspenso, para acabarlo más tarde. El que así hablare sería quizás un espíritu celeste de turismo en la tierra, ciertamente no un hombre, cargado del peso de la finitud humana y de su dignidad”[[10]](#footnote-10).

Jesús creyó en Dios. María hizo de él un creyente. Fue ella, José y las enseñanzas de la sinagoga los que le trasmitieron el credo de Israel. Fue así como Jesús supo conectarse con las esperanzas de su pueblo y representarlas. Al oírlo hablar, los israelitas no solo entendían lo que decía. Muchos le creyeron porque sus palabras y acciones interpretaban hondamente el significado de la Ley y los Profetas. Pero Jesús llevó la fe de Israel aún más lejos. Al hablar de un reino del amor absoluto de Dios, exigió a sus contemporáneos dar otro paso en el camino de su credo. Hasta entonces, se pensaba que Dios había sido bueno, justo para premiar y castigar, y parcial con Israel en relación con las demás naciones. Jesús llevó la confesión de Dios a un nivel más profundo: lo llamó Padre.

Esta empatía profunda de Jesús con la gente de su tiempo debe hacernos pensar, por otra parte, que él hizo propias las razones para el “no creer” de los suyos. Jesús respondió a expectativas mesiánicas, porque conoció en carne propia los motivos que por entonces tenía su pueblo para desesperar. Jesús debió sufrir con la dominación romana. Como todos los demás, debió sentir miedo ante los opresores. En este sentido podemos pensar que Jesús interpretó las razones de Israel para “creer” y para “no creer”, y por esto pudo sorprender por la autoridad con que hablaba y se desenvolvía (cf. Mc 1, 27; 2, 10).

A Jesús, el creyente por excelencia, le costó creer en Dios. Compartió, así, nuestra condición de creyentes. Los Evangelios dejan muy claro que su condición de Hijo de Dios no le ahorró la experiencia de la tentación. En el desierto fue el Espíritu quien lo sacó adelante. Su misma fe en Dios le hizo la vida difícil. Su predicación del reino avivó los conflictos que atravesaban su sociedad y constituyó la causa de su muerte. Su confianza radical en su Padre fue la razón exacta de su grito en la cruz. Si Jesús no hubiera creído en Él, su grito se habría confundido sin más con las quejas de los afligidos por dolores físicos o con el simple aullar de las fieras. Este grito es estremecedor porque es “su” grito. El grito del hombre que creyó en Dios como nadie. Ninguno ha gritado a Dios con más fuerza que él. Horas antes de ser crucificado, en el huerto de Getsemaní, elevó una oración para conocer y hacer la voluntad de su Padre, la cual pudo no serle evidente. En este momento suplicó, sudó sangre y debió llamar a su Padre “a gritos y con lágrimas” (Hb 5, 7). Fue el clamar auténtico de un creyente de verdad.

En todo esto, Jesús fue el representante de los creyentes. También los que creen, en razón de su misma fe, deben buscar la voluntad de Dios y, en el camino, verse obligados a superar tentaciones, pruebas y sufrimientos que son especialmente crueles cuanto más grande es la fe. Mientras más fe se tiene, más dolorosa se hace la ausencia de Dios. El creyente auténtico no se libra de las agitaciones, de los engaños y tormentos que lo turban, y lo pueden hacer fracasar. Si Jesús creyó con la posibilidad incierta de prosperar, si pasó por la angustia del abandono de Dios (cf. Mc 15, 34), se abre para nosotros un modo más profundo de entender la vida espiritual. Hacer la voluntad de Dios, avanzar por la vida confiados en su palabra, puede ser, como lo fue en Jesús, una experiencia desgarradora. También nosotros podemos morir creyendo en Dios, sin que Dios haga nada por liberarnos del dolor o hacernos justicia.

La fe de la Iglesia, nacida de Jesús y representada por María, enhebra las condiciones de posibilidad del creer humano con las razones de la humanidad para creer y para titubear. Si la Iglesia no fuera “atea” en algún sentido –el sentido de interpretar a quienes no creen no por mala voluntad, sino escandalizados por la fuerza del mal- no sería auténticamente fiel a Jesucristo. El problema es cuando los cristianos pretendemos saberlo todo de este mundo y del otro y, a renglón seguido, exigimos cumplimientos omnipotentes a una humanidad que apenas carga consigo misma.

En suma, la Iglesia cree en un hombre “digno de fe”. Cree en alguien cuya filiación trascendente no lo eximió de la fatiga de ser hombre, de habérselas con Dios en términos de gracia, exactamente de la gracia sin la cual él no se habría conectado a la mayor hondura pensable posible con el resto de los seres humanos como para representarlos a todos en su búsqueda de Dios. Con esto debe considerarse lo complejo que es, *sub contrario*, tomar como modelo de espiritual a alguien cuya relación con Dios ha podido ser automática. Un hombre así, sin serlo propiamente, solo podría conducir a los demás a establecer con Dios relaciones heterónomas desorientadoras y culpabilizantes.

**b.- La Iglesia cree en un hombre crucificado y resucitado**

Pero Jesús es también el Cristo que, resucitado de entre los muertos, posibilita la fe de la Iglesia mediante su Espíritu. No solo es modelo humano de fe en Dios, sino que es su factor último. Este hecho cura a la Iglesia del cristianismo pelagiano, siempre a la espera de quienes tienen dificultades para creer en el amor gratuito de Dios. El circuito de la fe tiene como principio y fundamento el amor de Dios[[11]](#footnote-11). Se nos dice: “Nosotros hemos experimentado el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4, 16). Sin este amor primordial, la imitación de Cristo se empeñaría en cumplir con una imagen autoproducida de perfección, siempre inalcanzable, siempre inhumana y deshumanizante. Solo la experiencia de don de Cristo en el Espíritu, de Jesús muerto y resucitado, puede fundar un seguimiento cristiano meritorio de Jesús de Nazaret.

La Iglesia no cree tal cual creyó Jesús. Entre la fe de Jesús y la de la Iglesia hay continuidad y discontinuidad. Bien podríamos decir que Jesús cree en su Padre en virtud de su propio Espíritu, el Espíritu con quien él y su Padre son uno; y nosotros, la Iglesia, creemos con el Espíritu de Jesús muerto y resucitado. La Iglesia, en este sentido, cuenta a su favor con quien no solo fue modelo de camino al Padre sino, además, con quien la lleva por este camino, animándola con la esperanza del triunfo seguro de la humanidad. La fe de la Iglesia está preñada de esperanza. A Jesús su fe no le evitó ignorar lo que habría de ser la resurrección. Jesús, a lo más, debió intuir una ampliación de su fe israelita en la resurrección de los muertos. La fe de la Iglesia, en cambio, se nutre de la experiencia del resucitado y cuenta con su anticipación espiritual en el presente.

¿Cuál es el contenido de esta fe en Cristo, un creyente muerto y resucitado? El triunfo sobre la muerte y el pecado; sobre la finitud y la culpa. La Iglesia debe anunciar este triunfo a toda la humanidad.

¿Cómo lo hace? Hemos de invocar nuevamente aquí la “ley de Calcedonia”. Así como el Verbo encarnado se identificó con la humanidad en su conjunto yendo a las fronteras de lo humano, la Iglesia anuncia con sentido el Evangelio cuando llega a los que “en” ella pueden encontrar “un motivo para seguir esperando” (Plegaria Eucarística, Canon Vb).

La Iglesia cumple su misión cuando en ella Cristo salvador y liberador acontece “en” los pobres que creen. Entonces, la Iglesia es universal. Cuando, siendo la “Iglesia de los pobres”, llega a los confines geográficos y humanos de la tierra. Dicho de un golpe: la Iglesia cumple su misión cuando radica donde la humanidad se deshumaniza en Cristo crucificado y se humaniza con el resucitado. Esto ocurre cuando la Iglesia es un espacio para que, como dice el canto litúrgico, “el pobre crea en el pobre”.

**c.- Inseparabilidad de la fe “en” la Iglesia y la fe en Jesucristo**

Otro de los descubrimientos teológicos importantes del siglo XX ha sido la distinción sin separación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe[[12]](#footnote-12). En cuanto a lo que en este artículo nos interesa, cabe destacar el hecho impresionante de que el Evangelio es fusión entre la fe de Jesús y la fe de la Iglesia; entre la experiencia espiritual de Jesús y la experiencia espiritual de la Iglesia. El Evangelio que la Iglesia anuncia incorpora desde los tiempos de los primeros escritos cristianos y, como condición de posibilidad de su anuncio hoy, la propia experiencia espiritual de la Iglesia. Ella no anuncia a Cristo simplemente. Anuncia al Cristo en quien cree; el Cristo de quien solo podemos tener noticia en la respuesta de fe de la Iglesia a su llamada. Sin esta respuesta, no sabríamos nada de la llamada del Jesús terreno ni de la del Cristo de la fe. La fe de los cristianos en Dios es una sola: la fe de la Iglesia en un hombre que fue crucificado por anunciar el reino, de un modo tal que pudiera ser efectivamente una Buena noticia para quienes no habrían podido creer sino en Dios. Dicho todavía en otros términos, la fe “en” la Iglesia es el Evangelio vivido en ella, lo cual solo puede darse como Buena noticia para todos los seres humanos. Estos, en su totalidad, han de poder experimentar la atracción de la Iglesia para encontrar en ella el espacio de humanidad que Dios crea entre quienes creen en él.

Esta imposibilidad de separar a Jesucristo de la Iglesia no debe llevar, sin embargo, a saltar la distinción. Si la ilusión de muchos hoy es decir “Cristo sí, Iglesia no”, la presión por separarlos tiene que ver exactamente con una Iglesia que no está a la altura de sí misma. No de Cristo sin más. Sino de la experiencia de fe en Jesucristo que la constituye a lo largo de la historia, experiencia que acumula como acervo de humanidad que ella tiene por misión poner a disposición de todos los pueblos (Pablo VI)[[13]](#footnote-13). La presión por separar a Jesucristo de la Iglesia radica, en última instancia, en la distinción que siempre ha de conservarse entre ambos. La crisis actual de la Iglesia es una crisis de credibilidad (Benedicto XVI)[[14]](#footnote-14). A los contemporáneos su testimonio les parece inauténtico[[15]](#footnote-15). Pero, por más entendible que sea esta crítica, es absurdo imaginar la posibilidad de dejar la Iglesia para quedarse con un Cristo que, sin ella, regresa a un pasado irrelevante.

La separación es imposible, pero la distinción es necesaria. El pecado de la Iglesia tiene como contracara la inhabilidad de ella para llegar a los confines geográficos y humanos de la tierra. La finitud de la Iglesia, los límites en los cuales ha tenido tiempo y lugar el acontecimiento de Cristo que la constituye, también le impide llegar a los últimos. El Espíritu, por esto y aquello, no deja de llamarla a ponerse en juego a sí misma una vez más creyendo en el Dios que ama a todos, también a aquellos que no han conocido a Jesucristo pero que ya -no menos que los cristianos- han sido salvados por Él.

**3.- Dios es “fiel” con la humanidad**

¿Cuál es el contenido último de la fe en Dios? Podemos decir que la Iglesia nos ha revelado que Dios es un Padre en quien se puede creer porque es amor. Digo la Iglesia, y no simplemente Jesucristo.

Las Escrituras insisten en que Dios es “fiel”. Esta fidelidad suya, por su parte, reclama “fe” a su pueblo (Israel/Iglesia)[[16]](#footnote-16). El Señor, que fue fiel a la Alianza a pesar de que Israel no confió en Él, será fiel nuevamente en la nueva Alianza sellada en Cristo, con la diferencia que esta vez sustentará la fe de la Iglesia mediante el Espíritu Santo de un modo infalible.

Esta fidelidad de Dios tiene un aspecto que destacamos aquí. A esta fidelidad podemos también llamarla “fe” de Dios en su Pueblo y en toda la humanidad[[17]](#footnote-17). El Señor es fiel con un pueblo del cual Él espera una respuesta en libertad, la cual Él mismo capacita. Por otra parte, si hemos de poner las cosas en un orden orientador para la Iglesia, hay que decir que Dios “cree” primeramente en el ser humano en general. Los cristianos han de representar esta “fe” de Dios en la humanidad. Tendrán que sortear el peligro de considerarse “los primeros” en merecer la “fe” de Dios. Cuando esto sucede, la Iglesia termina exculpándose de vivir el Evangelio, dándolo por asegurado, y enrostrándole al mundo su infelicidad. El desencuentro de la Iglesia con la modernidad es expresión de esto mismo. Recordamos una vez más lo dicho arriba. La “ley de la Encarnación”, tal como san Juan la entiende, indica que el Hijo de Dios ha sido enviado para salvar al mundo y no a la Iglesia; para salvar a la Iglesia en cuanto “mundana”.

Lo que digo, y con esto termino, es que la Iglesia tiene que vivir y representar como “sacramento” de la unión de la humanidad consigo misma y con Dios (*Lumen Gentium*, 1), que Dios “cree” en el ser humano. Y ha de hacerlo tal como Dios “cree” en él, a saber, como quien cree en quienes nadie cree: los pobres y los pecadores. La Iglesia, en suma, es un acontecimiento “en” el cual cualquier ser humano puede/ suele creer que Dios “cree” en él. Lo hace, en la misma medida en que ella llega a quienes se ubican en los lugares geográficos y humanos más distantes no solo respecto de ella sino, en primer lugar, de la misma humanidad.

Jorge Costadoat

Centro Teológico Manuel Larraín

Santiado de Chile

Mail: jcostado@uc.cl

1. Cf. AAVV, «Desafíos actuales a la credibilidad del cristianismo », *Teología y vida*, Vol. XLV (2004). [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. Antonio Bentué, *Jesucristo en el pluralismo religioso. ¿Un único salvador universal?* Santiago, 2012; Luis F. Ladaria, *Jesucristo, salvación de todos*, Madrid, 2007. [↑](#footnote-ref-2)
3. Cf. Juan Noemi, “Condiciones existenciales y pro-existenciales del credibilidad del cristianismo”, en *Credibilidad del cristianismo. La fe en el horizonte de la modernidad*, Santiago, 2012, 41-63. [↑](#footnote-ref-3)
4. Cf. Claude Romano, *Lo posible y el acontecimiento. Introducción a la hermenéutica acontencial*, Santiago, 2008, 31-53. [↑](#footnote-ref-4)
5. Lo cual no excluye, diría Romano, que la Iglesia pueda ser en algún caso un acontecimiento “traumático” imposible de procesar. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cf. Charles Taylor, *Secular Age*, Harvard University Press, 2007. [↑](#footnote-ref-6)
7. J. Moingt, *El hombre que venía de Dios. Jesús en la historia del discurso cristiano*, Volumen II, Bilbao, 1995; H. Urs von Balthasar, *La Foi du Christ. Cinq approches christologiques,* Paris, 1968; K. Rahner, “Considérations dogmatiques sur la psychologie du Christ”, *Exégèse et dogmatique*, Paris, 1966, 185-210; B. Sesboüé, “Science et conscience du Jésus prépascal”, *Pédagogie du Christ. Eléments de christologie fondamentale*, Paris, 1996, 141-175; P. Hünermann, *Cristología,* Barcelona, 1997; J. Guillet, *La foi du Jésus-Christ,* Paris, 1980; M. Gesteira,“La fe-fidelidad de Jesús, clave central de la cristología”, en G. Uríbarri (Ed.), *Fundamentos de teología sistemática*, Madrid, 2003, 93-135; J. Dupuis, *Introducción a la cristología,* Pamplona, 1994; J. Sobrino, *Jesucristo liberador,* Madrid, 1991; H. Kessler, *Manual de cristología,* Barcelona, 2003; G. Giammarrone, *Gesù di Nazaret Messia del Regno e Figlio di Dio,* Padova, 1995; O. González de Cardedal, *Cristología,* Madrid, 2001; G. O’Collins, *Para interpretar a Jesús,* Madrid, 1986; C. Duquoc, *Cristología,* Salamanca, 1981; M. Cook, *The Jesus of Faith,* New York, 1981; L. Boff, *Jesucristo el Liberador: ensayo cristológico para nuestro tiempo,* Buenos Aires, 1974; C. Palacio, *Jesucristo. Historia e interpretación,* Madrid, 1978; A. Nolan, *Jesús antes do cristianismo,* São Paulo, 1989; R. Guardini, *El Señor,* Madrid, 1960; J. Gnilka, *Jesús de Nazaret,* Barcelona, 1993; B. Forte, *Jesús de Nazaret. Historia de Dios. Dios de la historia,* Madrid, 1983; W. Kasper, *Jesús el Cristo,* Salamanca, 1989. [↑](#footnote-ref-7)
8. Cf. J. Costadoat, “La fe de la Iglesia en el creyente Jesús”, *Apuntes ignacianos*, nº 63 (Bogotá-2011) 75-83. [↑](#footnote-ref-8)
9. B. Sesboüé *Pédagogie du Christ. Eléments de christologie fondamentale*, Paris, 1996, 147. [↑](#footnote-ref-9)
10. H. Urs von Balthasar, *La Foi du Christ. Cinq approches christologiques*, Paris,1968, 181-182. (La traducción es nuestra). [↑](#footnote-ref-10)
11. Cf. H. U. von Balthasar, *Sólo el amor es digno de fe*, Salamanca, 1971. [↑](#footnote-ref-11)
12. Cf. Alvaro Cadavid "La investigación sobre la vida de Jesús", *Teología y Vida*, Vol XLIII (2002) 512-540. [↑](#footnote-ref-12)
13. Pablo VI, Discurso a la ONU, 05/10/1965; *Populorum progressio*, 13. [↑](#footnote-ref-13)
14. Benedicto XVI, *Luz del mundo*, Barcelona, 2010, 16. [↑](#footnote-ref-14)
15. Desde un punto de vista cultural la inautenticidad es un “pecado” en nuestra época (cf. Ch. Taylor, *La ética de la autenticidad*, Barcelona, 1994. [↑](#footnote-ref-15)
16. J. Costadoat, "La fidelidad de Jesús", en *Cuadernos de Espiritualidad* 131 (2002) 25-37. [↑](#footnote-ref-16)
17. Cf. J. Costadoat, *Trazos de Cristo en América Latina*. *Ensayos teológicos*, Santiago, 2010, 142-148; “La fe de la Iglesia en el creyente Jesús”, 82-83. [↑](#footnote-ref-17)